

# HOMILÍA EN LOS 50 AÑOS DE LA DEDICACIÓN DE NUESTRA IGLESIA ABACIAL

(8 DE AGOSTO DE 2015)

*Jn 2, 13-22*

Jesús, con ropa de peregrino, sube hoy hasta nuestra iglesia abacial, que cumple 50 años de su dedicación. Al traspasar el umbral que le señala la puerta de ingreso, la imagen de María le da la bienvenida y lo empuja delicadamente hacia el interior del templo, donde están el altar y la cruz, signos que le son muy familiares. Por supuesto que le llamó la atención la arquitectura del conjunto, sobre todo ese protagonismo de la luz que, con su mostrarse y esconderse, va como marcando las horas del día y el ritmo de las estaciones del año. Algo de él mismo era lo que se mostraba y se escondía en esos matices, porque cuando una *obra irradia nobleza, ilumina los corazones de tal manera que les permite remontarse hacia esa Luz Verdadera, donde Cristo es la Puerta Verdadera...* (cita del Abad Suger de Saint Denis, año 1140).

Pero para nuestro peregrino la arquitectura de un templo, simplemente, no es nunca una meta definitiva de peregrinación. Por esto, al ingresar en él, no se quedó inmovilizado en el asombro, sino que se aventuró a preguntarse cómo reconstruiría este templo si fuera destruido desde sus cimientos. ¿Y si le dijeran que cuenta sólo con 3 días para hacerlo? En realidad, lleva casi dos mil años intentándolo y no ha podido, ¿es que ha elegido mal la primera piedra, o tal vez los fundamentos no fueron bien asentados? Como primera piedra y fundamento nuestro peregrino arquitecto escogió una comunidad, pero quizás la falla esté en la cantera donde la escogió. Algunas veces, dura le ha resultado esta piedra para tallar y dar la forma; otras le ha resultado demasiado blanda y veleidosa. En fin, como quiera que sea, difícil le ha resultado darle el ancho y el alto deseado a esta piedra fundamental...

<sup>1</sup> Abad de la Abadía de la Sma. Trinidad de Las Condes (Santiago de Chile).

Haciendo acopio de sabiduría, Jesús decidió poner entre paréntesis por un momento sus ideales no cumplidos y se dejó llevar simplemente por el espíritu del lugar en el que ahora se encontraba. Y siguió avanzando hacia el interior, subió las 3 gradas del presbiterio, haciendo caso omiso del letrado que decía “no subir”, y se aventuró a pasar por una puerta que encontró en uno de sus extremos y que lo introdujo en un espacio totalmente diferente. Quedó gratamente sorprendido por el sonido del agua y el canto de los pájaros, por hermosos árboles frutales: cítricos, una higuera, una viña, algunas palmeras. Un espacio abierto más bien hacia arriba que no a los costados, y donde se podía admirar el cielo azul y a lo lejos las cumbres nevadas de los Andes. Todo le parecía como una alegoría del paraíso. Jesús se encontraba en el claustro del monasterio, que no es otra cosa que un jardín con una cierta arquitectura y que une la iglesia con el resto del edificio, donde transcurre la vida de una comunidad de monjes y que, por esto mismo, solemos llamar monasterio.

Paseándose por el claustro, encontró por ahí una *Regla* de san Benito que algún monje había dejado olvidada. Se puso a mirarla y encontró un capítulo que le llamó poderosamente la atención, y que decía algo así como: “*Hay un celo bueno que separa de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna. Practiquen, pues, los monjes este celo con la más ardiente caridad, esto es, adelántense para honrarse unos a otros; tolérense con suma paciencia sus debilidades, tanto corporales como morales; obedézcanse unos a otros a porfía; nadie busque lo que le parece útil para sí, sino más bien para otro; practiquen la caridad fraterna castamente; teman a Dios con amor; amen a su abad con una caridad sincera y humilde; y nada absolutamente antepongan a Cristo, el cual nos lleve a todos juntamente a la vida eterna*” (RB 72).

Se alegró Jesús de descubrir que alguien había consignado por escrito su propio proyecto de arquitectura para un templo, y se preguntó si habría tenido más éxito que él para concretarlo. Con la intención de comprobarlo decidió introducirse en el edificio donde viven los monjes, pero, lamentablemente, apareció como de improviso, y apurado, por supuesto, el novicio que buscaba su *Regla* de san Benito que había dejado olvidada en el claustro. Y al ver a Jesús, sin reconocerlo, evidentemente, al mismo tiempo que le pedía le devolviera su libro, le dijo amable pero terminantemente: “disculpe, pero aquí no se puede estar, porque esto es parte de la clausura monástica”. Nuestro peregrino le devolvió una mirada llena de ternura y, sonriéndose en su interior, se dejó conducir por el joven monje hacia la portería del monasterio.

En la portería le salió inmediatamente al encuentro un monje mayor, que lo saludó de modo extremadamente acogedor diciéndole *benedic*. Junto

a la portería había una pequeña tienda donde, además de artículos y libros piadosos, se vendían diversos productos elaborados en el monasterio. Pero Jesús no se alteró, como aquella otra vez en el templo de Jerusalén, sino que se limitó a emitir un suspiro de benévola resignación, y negando amablemente la posibilidad que se le ofrecía de adquirir algún producto, salió por la portería en dirección a la ciudad.

Un canto potente y armonioso, que parecía gregoriano, lo hizo volverse, e inclinando el oído de su corazón, fue reconociendo diferentes tonalidades y voces. Se conmovió con las de dos jóvenes monjes arquitectos que en su canto parecían decir: *“En todo tiempo debemos obedecer a Dios con los bienes suyos que Él depositó en nosotros”*. También reconocía las voces de un grupo de monjes con viril acento alemán, y que le daban al canto un toque especial, alternando de manera agradable vigor y suavidad. Pero el sensible oído musical de nuestro peregrino no tardó aún en captar otras voces, masculinas y femeninas, de procedencia criolla y nórdica, que cantaban con entusiasmo, aunque sin sobresalir, y sin estirar los finales.

*“Para que en todo sea Dios glorificado”*, fueron las últimas palabras que llegaron a los oídos de nuestro peregrino desde el interior de la iglesia del Monasterio Benedictino de la Santísima Trinidad de Las Condes. Y a través de una ventana, como presidiendo todo el valle, alcanzó a divisar una vez más a su Madre, vestida de *“Nuestra Señora de los palitos”*, que le sonreía y le daba a entender que ella siempre estaría ahí, para darle la bienvenida y para acompañar cada día al monje sacristán que, bajo su mirada atenta, prepararía las ofrendas del pan y del vino, y las depositaría junto a la cruz y el altar...

*Abadía de la Sma. Trinidad  
Casilla 27021 – Santiago 27  
CHILE*